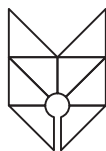


MARÍA DILLON

CUELLO DE BOTELLA

**I Premio de Novela Joven
LEER SUMA**



**FUNDACIÓN
JOSÉ
MANUEL
LARA**

Esta novela fue galardonada con el I Premio de Novela Joven LEER SUMA, convocado por la Fundación José Manuel Lara y la Fundación Cajasol, con la colaboración de Andalucía Reader Con. Formaron parte del jurado Inma Rubiales, Javier Ruescas, Alina Not e Ignacio F. Garmendia

Fundación | Cajasol

Primera edición: octubre, 2025

© María Dillon, 2025

© Fundación José Manuel Lara, 2025

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño y maquetación: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: © Shutterstock / Mikhail Popov

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito Legal: SE 1372-2025

ISBN: 978-84-19132-67-3

Printed in Spain–Impreso en España

A mis padres. Mamá, papá, gracias por vuestro amor, por ser mi hogar y por apoyarme siempre. Os quiero mucho.

A Alejandro, por quererme tan bien, hacerme reír tanto y escuchar hasta mis ideas más locas.

A mis hermanos, Guille y Lucas, por creer en mí y en que llegaré lejos. Recuerdo cada una de las veces que lo decís.

A mis amigas. A Clara, Gemma y Paula, por estar siempre ahí, por llenar mi vida de amor y risas, y por celebrar mis logros como propios. A Emma, con quien empecé a imaginar mil historias de fantasía, siempre seré una bruja con hadas como mascota. A Marta, por estar al otro lado del WhatsApp aguantando oleadas de mensajes y por ser mi compi de analizar el mundo; de ahí parten los escenarios más distópicos.

A Nacho y a Maya, por leer el manuscrito. Gracias.

PRIMERA PARTE

I. ORDEN, BIENESTAR, ESTABILIDAD

—¿Por qué brilla el cielo?

Era de noche, y cuando oscurecía Alma siempre se hacía esa pregunta, pero era la primera vez que la formulaba en voz alta. Su rostro afilado apuntaba al cielo, tenía la mirada clavada en ese oscuro manto lleno de puntitos brillantes que cubría todo lo que había conocido hasta el momento. Su melena pelirroja y rizada caía despeinada sobre sus hombros descubiertos, la temperatura a esas horas era agradable. La muchacha estaba sentada en el bar de una azotea de lo que parecía una ciudad céntrica. Le dio un sorbo a su bebida esperando que del otro lado de la mesa alguien le diese una respuesta. Solo había una persona frente a ella, otra mujer, y no parecía tener respuestas, sino más preguntas.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No lo pone en ningún libro.

—Siempre tan curiosa. —La mujer se rio—. ¿Qué importa? No afecta a tu misión.

—¿Nunca te preguntas cosas que no son importantes para tu misión?

La mujer se encogió de hombros y dudó un segundo.

—A veces me pregunto... ¿Qué pasará cuando una de las dos dé el salto?

Alma esbozó una sonrisa justo antes de que la imagen se desvaneciese en su mente. Se despertó en un ambiente mucho más frío que el del sueño, convirtiéndolo en un recuerdo que parecía de otra época. Su cuerpo había cambiado, su melena pelirroja y rizada se había vuelto castaña y lisa, sus rasgos ya no eran afilados, tenía la nariz chata y redonda, ojos grandes y marrones, y su complexión era más pequeña,

de menor estatura. Sin levantarse de la cama, tapada hasta la barbilla, y con un movimiento ya interiorizado, estiró el brazo para coger un rectángulo de cristal que había en su mesita. Le dio un golpecito con la yema del dedo y la pantalla se encendió, una palabra escrita en letras blancas ocupaba gran parte de esa superficie: Anavrin. Alma escribió su nombre en un rectángulo y en otro una clave que se ocultaba detrás de unos puntos gordos. La imagen de la pantalla cambió, mostraba el mapa de un pequeño pueblo y unas indicaciones. La chica tenía que dirigirse al puerto; se levantó de un salto, se vistió con ropa abrigada: gorro, bufanda, guantes, y salió por la puerta de una pequeña casa metálica construida con material dorado y oxidado.

El pueblo tenía casas más altas y casas más bajas, pero todas estaban hechas con el mismo material y eran de la misma gama de colores. Ninguna desentonaba, porque ninguna era nueva. Fuera hacía sol, pero la sensación térmica rozaba los cero grados. Desde hacía unos días, Alma vivía en la periferia, era la primera vez que saltaba a un sitio tan lejos del centro de esa urbe, o de ese país, puede que continente. Antes vivía en el núcleo, y allí, alguna vez se había preguntado cómo era la zona roja. Así se llamaba a la región más cercana a la muralla que rodeaba aquel lugar. En las últimas semanas, las dudas se habían multiplicado, sobre todo desde que conoció a Marlen. Era con ella, esa muchacha que un día apareció de la nada, un salto, con quien se preguntaba cosas que nadie más se preguntaba, como qué habría dentro de esa imponente torre de varios metros de altura que ocupaba el centro de aquella urbe, o de aquel país. Se preguntaban por qué los periféricos que a veces visitaban el núcleo llevaban tanta ropa, siempre vieja y algo sucia. Fantasaban incluso con subirse en la línea 5 de la lanzadera y

plantarse allí en cuestión de segundos para comprobar si de verdad hacía tanto frío. Alma siempre había saltado a destinos dentro del núcleo y la zona B, eso era lo más lejos que una lanzadera la había llevado y allí siempre hacía calor. Las lanzaderas transportaban a los anavrianos de un lugar a otro del territorio en un abrir y cerrar de ojos, menos al norte, porque en el norte no había nada. Tampoco traspasaban, como era lógico, las murallas que rodeaban Anavrin, la única ciudad del planeta desde que el viejo mundo se extinguió. Lo que ocurrió antes de la creación de Anavrin lo desconocían los habitantes de ese lugar, los únicos supervivientes, ni siquiera les interesaba. Para qué iban a llevarles las lanzaderas más allá, si más allá no había nada. Esos vehículos no tenían asientos, solo barras para sujetarse porque no daba tiempo a cansarse en lo que duraba el trayecto. Para acceder a ellos había que tener en todo momento la pantalla de Anavrin, porque en Anavrin los cuerpos no otorgaban identidad, eran solo soportes de conciencias dormidas. Orden, bienestar y estabilidad, esos eran los valores que promovía aquella ciudad, por eso no podían moverse libremente de un lado a otro.

En el puerto, Alma se identificó y después comenzó a dar las órdenes que leía en ese rectángulo de cristal que todos tenían. Su nueva misión en la periferia era la de gestionar las provisiones que salían del pueblo al núcleo, y también las que entraban al pueblo, aunque eso ocurría con mucha menos frecuencia. Un hombre mayor, que fumaba una pipa metálica, observaba a Alma a una distancia prudente mientras la joven indicaba a las embarcaciones el recorrido que debían hacer ese día. Era un señor corpulento e iba poco abrigado. Llevaba una camisa de cuadros, unos pantalones y unas botas. No llevaba bufanda, en su lugar, una barba larga

le cubría el cuello. El frío había teñido de rojo la punta de su nariz y el contorno de sus orejas que sobresalían de entre los mechones de pelo despeinados. Alma vio por el rabillo del ojo cómo el hombre se acercaba paso a paso

–¿Has dado el salto hace poco? –preguntó mientras echaba humo por la boca. Tenía una voz ronca.

La muchacha se sorprendió, tardó unos segundos en comprender que le hablaba a ella.

–Hace tres noches. ¿Cómo lo sabes? –respondió sin mirarle.

–¿Qué has hecho?

Ante la pregunta, que parecía una acusación, Alma clavó su mirada en aquel hombre, que tenía una sonrisa pícaro dibujada en el rostro.

–¿Qué quieres decir? –Alma frunció el ceño.

–Saltar aquí... –dudó un instante–. No suele ser por algo bueno. El que llega a la zona roja, no sale. –El hombre se encogió de hombros e inhaló su pipa–. Mira a tu alrededor. –Expulsó de nuevo humo y miró hacia los lados–. Tenemos recursos para abastecer a todo el territorio, pero aquí se quedan pocos de esos recursos.

–¿Y mi cuerpo? ¿No estaba ya aquí? Alguien habrá podido salir hace tres noches.

–No. –Negó con la cabeza y arqueó las cejas–. Nunca había visto este cuerpo.

Eso era imposible, los cuerpos estaban distribuidos por el territorio y saltaban de uno a otro, todo seguía un orden. Alma le preguntó su nombre, quería que se identificase por si tenía que denunciarle a las autoridades. Lo que decía aquel hombre sonaba a conspiración y eso podía desestabilizar a otros anavrianos. El señor de la pipa se rio y no obedeció la orden de la joven.